

desde la palabra

Espirales

J. Felipe Montiel

Parábola del destiempo la palabra
manecilla de un pulmón agitado
un corazón que gime

La noche es un túnel
una víscera mi boca
negra.

IRERI CARRANZA

Heredamos el humo del incendio, sus volutas y peripecias en el aire. Esa es nuestra herencia. Después de todo, es mejor remontar el humo que instalamos en el fuego. Empezamos exhalando pequeñas o grandes bocanadas; fumarolas salvajes, que al tiempo, se convierten merced a otro que les da sentido, en palabras. Ese es *pa-pá*; no, no *papa*; *pa-pá*. Así hablamos; aprendemos *oso* *leche mamá* y el sonido *pías* del portazo violento que también, por qué no, es palabra, pero de otra especie y con otro significado.

Esto es lo que heredamos. La palabra, (*el humo del incendio, sus volutas y peripecias en el aire*); *el sí* y *el no*; *sobre todo el no*; un enorme semáforo: verde, preventiva, alto; un diccionario con generalidades, la enciclopedia de la vida que contiene un sinfín de abstracciones y láminas a todo color que condensan, para usted, el significado de la vida. Eso es lo que tenemos, generalizaciones abstractas, groseras; matemáticas. No hay más, después, el desierto. Aún así, de alguna forma nos comunicamos; damos sentido y signo al humo, pero el significado, el verdadero significado, eso, está en otra parte. No existe. Logramos entender algunas cosas, las señas del lenguaje, *dos*

calles a la derecha, nos vemos a las nueve, te hablan por teléfono; *entende* mos el signo concreto, contestamos respuestas directas a preguntas directas y como puntos en un plano, localizamos coordenadas. Creemos que eso que hablamos es todo, pero olvidamos que esos puntos

tienen uniones imaginarias y existen de forma distinta para cada uno; porque *teléfono* es *teléfono* para todos, pero cada uno impregna la palabra *te-lé-fo-no* de una sustancia pegajosa que lo convierte en algo más, en algo personal. La palabra teléfono se rompe y deja entrar las otras cosas: la angustia, el miedo, la esperanza o el ring en el vacío. *Te-lé-Jo-no* se convierte en una espiral, en un puente, en una esponja que se impregna con eso que te hace tu historia. Es ahí donde nos perdemos. Donde alguien dice *teléfono* a otro, está diciendo otra cosa pegada a la palabra, está diciéndose desde *teléfono* y esa palabra es como una catapulta que lanza a la nada todo lo que no se dice, porque no hay cómo. Así, las palabras, el humo, intentan decir más: el fuego y la cosa que se quema. Así, el disparo de la palabra, su irrupción en el vacío, su regreso en un eco deforme crea la ilusión de que otro nos entiende; que hablamos de lo mismo, cuando estamos recitando poemas en lenguas extrañas, en tu casa, con tu gente, que es lo mismo que Babel.

Pero, qué hacemos con la herencia, con el humo del fuego que nos quema lentamente (porque la cosa que se quema somos nosotros). Tratamos de creer que esos puntos en el plano, los signos, en fin, la palabra, son todo, que las líneas y curvas y espirales imaginarias, las volutas del humo que los unen y les dan sentido, son comunes a todos. Tratamos de creer y no nos percatamos que no hay significados iguales, y que sin saberlo, colocamos las palabras como lenguas privadas que cobran sentidos individuales, ininteligibles y siempre cambiantes al menor movimiento, como caleidoscopios que con cuatro o cinco vidrios, componen un universo.

Heredamos el humo del incendio, sus volutas y peripecias en el aire, y además, heredamos, con base en lo real del cuerpo, lugares desde donde se articula esa herencia; dos lugares, dos nombres, dos formas de ser frente a ese lenguaje: hombre y mujer; uno anclado en un hecho y otro en una función. Uno (una) que puede producimos en carne y otro que sólo puede producir... palabras. Las mujeres nos nacen, saben nacemos. ¿Por qué no preguntar a ellas sobre nuestro deseo, sobre nuestra necesidad de saber, que finalmente es saber del sufrimiento, porque sufrimos y necesitamos saber cómo mitigar el dolor? No. Al nacer, encontramos la frustración en el lugar materno que ellas encarnan. Su función fue enseñarnos la renuncia. No sé, dice la madre y de la frustración ante la necesidad, surge el deseo. No. Ellas

tampoco saben. También desean. También preguntan. Es en este punto, en este hueco que inscribe el *deseo-de-saber*, en este reconocimiento de que *falta* un saber, donde el hombre, para existir, irrumpe. Entra por el espacio donde la mujer desea y existe como función. Es ahí, donde el hombre (para existir) usurpa la palabra, la hace suya; inventa la Ley. Existe como función, hace funcionar La Ley del silencio y la represión ante el deseo de desear saber. El también desea, pero como no quiere saber que no sabe, cierra la parábola, inventa el círculo, el retorno y la espiral sin fin. *Te oigo pero no te escucho*, dice entonces el hombre a la mujer, impone la Ley a la pregunta, que nunca llega a articularse como tal y deviene histeria. *Te oigo pero no te escucho*, porque eso que preguntas sin decirlo, es lo que yo también pregunto, pero no quiero preguntar porque no hay respuesta, y en la pregunta yo no existo, más que como otro que acepta su *falta* de saber, y como nacido de mujer. Esa es la esencia de artificio, se coloca la Ley en el lugar de la respuesta y se obtura la pregunta. El círculo se cierra sobre sí y giramos en espirales sin fin, corremos hasta reventar sobre asíntotas infinitas. *Te oigo pero no te escucho*, habla, pero no digas, "Porque Dios no es un Dios de desorden sino de paz -dice San Pablo-. Como en todas las congregaciones de los santos, las mujeres guarden silencio, porque no se permite que ellas hablen, sino que estén en sujeción, tal como dice la Ley. Pues si quieren aprender algo, interroguen a sus propios esposos en la casa, porque es vergonzoso que una mujer hable con la congregación" (Corintios 14:33, 14:34). Es así que *la mujer no existe* en el orden donde se extirpó la pregunta. *El hombre existe*, sí, pero como portador de ese despojo, como amo de ese artificio, ese ordenador que acalla. El dice que sabe, pero no se lo preguntes, porque no quiere darse cuenta que su majestad, es un bufón.

Heredamos así el humo y una función de silencio que hace límite, *una* forma. La pregunta que nunca llega a articularse por la acción de la Ley; el orden de silencio. Y, ¿qué sucede si una mujer apela a otra para producir la pregunta? ¿Acaso enfrenta un espejo donde puede mirarse y reconocer su deseo? ¿No es que se encuentra frente a otra hablante marcada por la *función-del-silencio*? ¿No es que ellas también hablan, se desencuentran desde lugares donde dicta el artificio? Al preguntar *qué es ser (+) el no-lugar mujer*, se conjura la pregunta: ¿qué es ser no ser?, ¿qué es hablar desde el *lugar*

del habla-sin-escucha?, se dice entonces. Porque, ¿dónde está su origen? No dentro de este orden. ¿Conoce alguien alguna mujer que tenga linaje propio? ¿No es que todas llevan el apellido del padre? ¿Y el materno? No. No es un linaje materno, éste es el apellido del padre de su madre. ¿Tienen acaso nombre? ¿Basta entonces sólo apelar a los cuerpos?

No. Aunque la historia, el transcurrir del tiempo (el óxido en las superficies, su acción en lo real, que es otra cosa más allá que eso que escribimos: la impresión grave de la letra muerta) ha hecho de los sexos el depósito de ese mecanismo desde donde hablamos, no basta apelar tan sólo a los cuerpos, elevarlos a rango de sistema para desgajar el tinglado. Esos cuerpos, esos dos sexos, se colocan (cada uno con distinto peso por la acción de la historia que toma cuerpo en la cultura) dependiendo de lo que se signa en lo real de su cuerpo y del azar, parte aquí, parte allá; parte en el poder-decir y parte en

la demanda del *habla-sin-escucha*.

La falla del lenguaje, el pretender decir todo sin decirlo, permite que una forma de ruptura, que apunta a la elaboración de una pregunta que intenta descolocar, surja. El amor. El amor que insiste porque existe y existe insistiendo. El amor, que finalmente también sucumbe porque los hablantes siguen preguntando: *¿qué es ser mujer?*

Y a veces (pocas, por la acción de la sustancia de la historia):

¿qué es ser hombre?

Y la pregunta: *¿qué es ser?* que pocas veces se articula, así, sin más: *¿qué es ser?* porque quedó conjurada desde su mismo planteamiento, al invocar *esos dos lugares*, que existen en lo real del cuerpo, donde todo está en su lugar, pero que toman dimensiones de conjuro, de mito y laberinto, cuando se convierten en *esos dos nombres*, esos dos decires que imponen a los cuerpos el absurdo del supuesto poder-saber del *habla-sin-escucha*, del absurdo funcional de que uno exista, para que el otro pueda existir. Pero ese que no existe, insiste.

El amor, que estalla en la falla del lenguaje, dentro de esta estructura, al igual que la mujer, tampoco existe, insiste. Intenta entrar y desarmar desde dentro, esbozar una pregunta. *Quizá haya*

una salida, pero esa salida debería ser una entrada (J. Cortázar). Y aun que se pierde, porque enfrenta a dos perdidos que piden el saber a otro que no lo tiene y se empecinan; insiste. El amor es necesario. A

veces siempre se pierde, pero encuentra su razón de ser en el intento de descolocar y preguntar. Intenta, existe al insistir, fracasa. Intenta subvertir, dismantelar la razón razonablemente única del que dice *yo sé*, hasta que no sabe. Insiste en su existencia, inoculada ya, desde antes, por lo que implican los nombres, los decires, las funciones de los sexos, sus lugares anulantes y siniestros.

El amor es difícil. Ya tendría bastante con preguntar, con el intento de significar el humo, pero no, además pregunta donde no hay espacio para sus palabras, por eso fracasa tan siempre, porque el engaño le vuelve mudo, le desarma, le hace su siervo y le deja sin voz. Entonces habita los sueños, la poesía; se deforma, engaña. Está infectado por ese artificio que convierte lo que toca en mito y en laberinto; que traslapa la carne. A veces, en ocasiones (quiero creer) por su fuerza, su necesidad subversiva ante el absurdo de *El Proceso*, *La Metamorfosis* y *El Castillo*, logra desubicar de ese lugar desde donde hablan, a los perdidos que se encuentran. Construye, con paciencia, con renuncia, con dolor, un decodificador único que da significado al discurso individual del otro, del que también ama. Intenta explicar esa sustancia pegajosa que cuelga de la palabra *te-lé-fo-no* y entonces *te-lé-fo-no* dice: *quédate, si no llamas voy a extrañarte, ¿recuerdas?...* Descoloca al lenguaje de sus signos groseros, sus matemáticas y trata de dar cuenta de la sucesión de palabras, de cosas que como fichas de dominó, caen, a la pronunciación de una de ellas. Sí, porque si descoloca a los perdidos, por necesidad tiene también que descolocar el lenguaje, burlarse de él y orinar sobre las estructuras y los diccionarios.